

Francisco Fernández Carvajal

18ª semana. Jueves A

TÚ ERES EL CRISTO

- *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*: confesar así la divinidad de Jesucristo.
- Cristo, perfecto Dios, perfecto Hombre.
- Cristo: *Camino, Verdad y Vida*.

I. Se encuentra Jesús en Cesarea de Filipo, al Norte, en los confines del territorio judío, entre una población pagana en su mayoría. Allí preguntó a sus discípulos con toda confianza: *¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?*¹. Los Apóstoles se hacen eco de las opiniones que existían en torno a Jesús; le contestaron: *Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o alguno de los profetas...* Muchos de los que le oyen tienen un concepto alto de Jesús, pero no saben quién es en realidad. El Maestro se volvió a ellos y ahora, con tono amable, les pregunta: *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?* Parece exigir a los suyos, a quienes le siguen muy de cerca, una confesión de fe clara y sin paliativos; ellos no deben limitarse a seguir una opinión pública superficial y cambiante: deben conocer y proclamar a Aquel por quien lo han dejado todo para vivir una vida nueva.

Pedro contestó categóricamente: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*. Es una afirmación clara de su divinidad, como lo confirman las palabras siguientes de Jesús: *Bienaventurado eres, Simón hijo de Juan, porque no te ha revelado eso ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos*. Pedro debió de sentirse profundamente conmovido por las palabras del Maestro.

También hay ahora opiniones discordantes y erróneas en torno a Jesús, existe una gran ignorancia sobre su Persona y su misión. A pesar de veinte siglos de predicación y de apostolado de la Santa Iglesia, muchas mentes no han descubierto la verdadera identidad de Jesús, que vive en medio de nosotros y nos pregunta: *Vosotros, ¿quién decís que soy yo?* Nosotros, ayudados por la gracia de Dios, que nunca falta, hemos

de proclamar con firmeza, con la firmeza sobrenatural de la fe: Tú eres, Señor, mi Dios y mi Rey, perfecto Dios y Hombre perfecto, «centro del cosmos y de la historia»², centro de mi vida y razón de ser de todas mis obras.

En los duros momentos de la Pasión, cuando está a punto de culminar su misión en la tierra, el Sumo Sacerdote preguntará a Jesús: *¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Bendito?* Y Jesús declarará: *Yo soy, y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Padre, y venir sobre las nubes del cielo*³. En esta respuesta, no solo da testimonio de ser el Mesías esperado, sino que aclara la trascendencia divina de su mesianismo, al aplicarse a Sí mismo la profecía del Hijo del Hombre del Profeta Daniel⁴. El Señor utiliza para aquellos oyentes las palabras más fuertes de todas las expresiones bíblicas para declarar la divinidad de su Persona. Entonces le condenaron por blasfemo.

Solo la claridad de la fe sobrenatural nos hace conocer que Jesucristo es infinitamente superior a toda criatura: es el «Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre...»⁵. Salió del Padre⁶, pero sigue estando en plena comunión con Él, pues tiene idéntica naturaleza divina. Junto con el Padre, será Quien envíe al Espíritu Santo⁷, el cual tomará de lo que Él guarda, pues tiene y posee como propio cuanto es del Padre⁸.

Se presenta como supremo Legislador: *Antes fue dicho a los antiguos... Pero Yo ahora os digo*⁹. En la Antigua Ley se decía: *Así habla Yahvé*, pero Jesús no transmite ni promulga en nombre de nadie: *Yo os digo...* En su propio nombre imparte una enseñanza divina y señala unos preceptos que afectan a lo más esencial del hombre. Ejerce el poder de perdonar los pecados, cualquier pecado¹⁰, poder que, como todo judío sabe, es propio y exclusivo de Dios. Y no solo absuelve personalmente, sino que da el poder de las llaves, el poder de regir y de perdonar, a Pedro y a los Doce Apóstoles, y a sus sucesores¹¹. Promete sentarse al fin del mundo como único juez de vivos y muertos¹². Nadie se arrogó nunca tales atribuciones.

Jesús exigió –exige– a sus discípulos una fe inquebrantable en su Persona, hasta tomar la cruz sobre sus espaldas: *el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de Mí*¹³; lo que pide para su Padre celestial lo exige también para sí mismo: una fe sin fisuras, un amor sin medida¹⁴.

Nosotros, que queremos seguirle muy de cerca, cuando estamos delante del Sagrario le decimos también, como Pedro: *Señor, Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*. Verdaderamente, «el que halla a Jesús, halla un tesoro bueno, y de verdad bueno sobre todo bien. Y el que pierde a Jesús pierde muy mucho y más que todo el mundo. Paupérrimo el que vive sin Jesús y riquísimo el que está con Jesús»¹⁵. No le dejemos jamás nosotros; afiancemos nuestro amor con muchos actos de fe, con la valentía de dar a conocer en cualquier ambiente nuestra fe y nuestro amor a Cristo vivo.

II. Al cabo de tanto tiempo, Jesús sigue siendo para muchos, que aún no tienen el don sobrenatural de la fe o viven apoltronados en la tibieza, una figura desdibujada, inconcreta. Como respondieron los Apóstoles a Jesús aquel día en Cesarea de Filipo, también nosotros podíamos decirle: unos dicen que fuiste un hombre de grandes ideales, otros... Verdaderamente, siguen siendo actuales las palabras del Bautista: *En medio de vosotros está uno a quien no conocéis*¹⁶.

Solo el don divino de la fe nos hace proclamar a una con el Magisterio de la Iglesia: «Creemos en Nuestro Señor Jesucristo, que es el Hijo de Dios. Él es el Verbo eterno, nacido del Padre antes de todos los siglos y consustancial al Padre...»¹⁷. Creemos que en Jesucristo existen dos naturalezas: una divina y otra humana, distintas e inseparables, y una única Persona, la Segunda de la Trinidad Beatísima, que es increada y eterna, que se encarnó por obra del Espíritu Santo en el seno purísimo de María. Nace en la mayor indigencia, aclamado por ángeles del Cielo; padece hambre y sed; se cansa y tiene que recostarse en ocasiones sobre una piedra o sobre el brocal de un pozo; se queda dormido mientras navega con aquellos pescadores, ¡tan rendido se encuentra!; llora junto al sepulcro de su amigo Lázaro; tiene miedo y pavor a la muerte antes de padecer los ultrajes de la crucifixión.

Jesús es también Hombre perfecto. Y esta Humanidad Santísima de Jesús, igual a la nuestra en todo menos en el pecado, se nos ha hecho camino hacia el Padre. Él vive hoy –¿por qué buscáis al que vive entre los muertos?¹⁸– y sigue siendo el mismo. «*Iesus Christus heri, et hodie, ipse et in saecula (Hebr 13, 8)*. ¡Cuánto me gusta recordarlo!: Jesucristo, el mismo que fue ayer para los Apóstoles y las gentes que le buscaban, vive hoy para nosotros, y vivirá por los siglos. Somos los hombres los que a veces no alcanzamos a descubrir su rostro, perennemente actual, porque miramos con ojos cansados o turbios»¹⁹; con una mirada poco penetrante porque nos falta amor.

III. La vida cristiana consiste en amar a Cristo, en imitarle, en servirle... Y el corazón tiene un lugar importante en este seguimiento. De tal manera es así que cuando por tibieza o por una oculta soberbia se descuida la piedad, el trato de amistad con Jesús, es imposible ir adelante. Seguir a Cristo de cerca es ser sus amigos. Y esa unión amistosa conduce a poner en práctica hasta el menor de sus preceptos; es un amor con obras. San Agustín, después de tantos intentos vanos por seguir al Señor, nos cuenta su experiencia: «andaba buscando la fuerza idónea para gozar de Vos y no la hallaba, hasta que hube abrazado al Mediador entre Dios y los hombres: el Hombre Cristo Jesús, que es sobre todas las cosas bendito por los siglos, que nos llama y nos dice: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14, 6)*»²⁰. ¡Amar al Hombre Cristo Jesús!

Jesucristo es el único *Camino*. Nadie puede ir al Padre sino por Él²¹. Solo por Él, con Él y en Él podremos alcanzar nuestro destino sobrenatural. La Iglesia nos lo recuerda todos los días en la Santa Misa: *Por Cristo, con Él y en Él, a Ti, Dios Padre Omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria...* Únicamente a través de Cristo, su Hijo muy amado, acepta el Padre nuestro amor y nuestro homenaje.

Cristo es también la *Verdad*. La verdad absoluta y total, Sabiduría increada, que se nos revela en su Humanidad Santísima. Sin Cristo, nuestra vida es una gran mentira.

Narra el Antiguo Testamento que Moisés, por mandato de Dios, *levantó su mano y golpeó por dos veces la roca, y brotó agua* tan abundante que bebió todo aquel pueblo sediento²². Aquel agua era figura de la Vida que sale a torrentes de Cristo y que saltará hasta la vida eterna²³. Y es nuestra *Vida*: porque nos mereció la gracia, vida sobrenatural del alma; porque esa vida brota de Él, de modo especial en los sacramentos; y porque nos la comunica a nosotros. Toda la gracia que poseemos, la de toda la humanidad caída y reparada, es gracia de Dios a través de Cristo. Esta gracia se nos comunica a nosotros de muchas maneras; pero el manantial es único: el mismo Cristo, su Humanidad Santísima unida a la Persona del Verbo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad.

Cuando el Señor nos pregunte en la intimidad de nuestro corazón: «y tú, ¿quién dices que soy Yo?», que sepamos responderle con la fe de Pedro: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, el Camino, la Verdad y la Vida...* Aquel sin el cual mi vida está completamente perdida.

1 Mt 16, 13-23. — **2** JUAN PABLO II, ENC. *REDEMPTOR HOMINIS*, 4-III-1979, 1. — **3** Mc 14, 61-62. — **4** CFR. DAN 7, 13-14. — **5** MISAL ROMANO, *CREDO NICENO-CONSTANTINOPOLITANO*. — **6** CFR. JN 8, 42. — **7** CFR. JN 15, 26. — **8** CFR. JN 16, 11-15. — **9** MT 5, 21-48. — **10** CFR. MT 11, 28. — **11** CFR. MT 18, 18. — **12** CFR. MC 15, 62. — **13** MT 18, 32. — **14** CFR. K. ADAMS, *JESUCRISTO*, P. 171. — **15** T. KEMPIS, *IMITACIÓN DE CRISTO*, II, 8, 2. — **16** JN 1, 26. — **17** PABLO VI, *CREDO DEL PUEBLO DE DIOS*, 30-VI-1968. — **18** CFR. LC 24, 5. — **19** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *AMIGOS DE DIOS*, 127. — **20** SAN AGUSTÍN, *CONFESIONES*, 7, 18. — **21** CFR. JN 14, 6. — **22** CFR. *PRIMERA LECTURA*. AÑO I. NUM 20, 1-13. — **23** CFR. JN 4, 14; 7, 38.

NOTA: EDICIONES PALABRA (POSEEDORA DE LOS DERECHOS DE AUTOR) SÓLO NOS HA AUTORIZADO A DIFUNDIR LA MEDITACIÓN DIARIA A USUARIOS CONCRETOS PARA SU USO PERSONAL, Y NO DESEA SU DISTRIBUCIÓN POR FOTOCOPIAS U OTRAS FORMAS DE DISTRIBUCIÓN.